

Christina Engelmann, Lena Reichardt, Bea S. Ricke, Sarah Speck y Stephan Voswinkel (comps.). *En las sombras de la tradición. Una historia de la Escuela de Frankfurt en perspectiva feminista.*

Buenos Aires: 2025, 320 págs.

Rebeca Reyes Caraballo
Universidad de La Laguna (ULL)

ORCID: 0009-0009-3018-2320

Fundado en Frankfurt, en 1923, el Instituto de Investigación Social (IfS) se constituyó en una coyuntura atravesada por la posguerra, la inestabilidad política de la República de Weimar y un horizonte en el que la investigación social debía aspirar a comprender, y no solo a describir, las transformaciones del capitalismo europeo de entreguerras, en transición desde el modelo liberal-competitivo hacia formas de concentración y centralización del capital, y una imbricación creciente entre economía y Estado, con las reconfiguraciones correlativas de la modernidad capitalista-industrial que ese proceso produjo. Siguiendo este diagnóstico, el orden social pasó a concebirse como una forma históricamente producida y reproducida. De ahí que la crítica a la sociedad existente haya alcanzado también a la memoria y a los presupuestos heredados de la propia tradición. En este marco, la escena inaugural que recupera Judy Slivi –la fotografía del primer seminario teórico del IfS durante la Semana de Trabajo Marxista de 1923 en Geraberg– adquiere el valor de un umbral de lectura. En ella, «hay muchas mujeres a la vista» (p. 47), un hecho que hace estallar la presunción historiográfica de su ausencia y obliga a cuestionar el modo en el que una tradición puede empezar siendo plural y terminar narrándose como si hubiera sido, desde el comienzo, una historia solo de hombres. La tradición, entonces, se ha concebido como meramente masculina por una educación de la mirada que condujo a relegar esas presencias a los márgenes.

En las sombras de la tradición. Una historia de la Escuela de Frankfurt en perspectiva feminista, editado por Christina Engelmann, Lena Reichardt, Bea S. Ricke, Sarah Speck y Stephan Voswinkel, parte de la constatación de que la historia canónica de la Teoría Crítica –asociada a Horkheimer, Adorno, Marcuse o Benjamin– ha tendido a transmitirse como una genealogía masculina, restringida a un determinado número de autores y textos, y presentada, a menudo, como la única lectura posible. Frente a esa transmisión hegemónica, el libro pone en cuestión los silencios del relato dominante ante ciertas trayectorias, ante ciertos trabajos tratados como secundarios o auxiliares y ante una concepción de crítica frente a formas de trabajo empírico que no se corresponden con la llamada “gran teoría”.

Dicha operación encuentra su reflejo en la lectura de la cita que presento, a continuación, de Elisabeth Lenk –mediadora entre la Teoría Crítica alemana y las vanguardias francesas–, recuperada por Bruna Della Torre. En una carta enviada desde Samoreau en julio de 1968, Lenk escribe a Adorno: «“En mayo era bajo los adoquines, la playa, y hoy, bajo el asfalto, los adoquines”» (p. 175). La frase, formulada a partir del célebre lema del Mayo del 68, no se erige como un comentario melancólico tras la victoria electoral del gaullismo, y desalojo de universidades y fábricas.¹ Al invertir la consigna, aquello que había irrumpido críticamente como apertura histórica vuelve a quedar cubierto por nuevas

¹ Elisabeth Lenk, ed., *The Challenge of Surrealism: The Correspondence of Theodor W. Adorno and Elisabeth Lenk*, editado y traducido por Susan H. Gillespie, introducción de Rainer Bischof (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2015), 172–73.

capas de estabilización institucional. Así, la promesa de emancipación se enfría, se integra en estructuras existentes y pierde su potencial conflictivo. La imagen de la playa convertida en adoquín bajo el asfalto recoge en ella lo que este libro intenta hacer con la tradición frankfurtiana: retirar capas para levantar el asfalto, para devolverle su carácter histórico y contingente a la superficie endurecida del canon, que adquiere su apariencia de naturaleza a costa de aplanar, de volver periférico lo que lo incomoda.

Desde los años setenta se han sucedido investigaciones parciales sobre mujeres vinculadas al Instituto, debates feministas desarrollados en su entorno y grupos de trabajo recientes sobre género, parentesco y sexualidad. Ya en el prólogo, se esclarece que el propósito no es simplemente sumar nombres. Verónica Gago lo formula mediante una serie de preguntas transversales que disparan al corazón de la historiografía:

¿cómo se relevan aportes teóricos que no siempre aparecen firmados, que toman como forma la correspondencia personal, que transitan por colaboraciones internacionales no del todo institucionalizadas?, ¿cómo se valorizan tareas que son fundamentales en la producción de conocimiento y que, sin embargo, quedan en la etiqueta de asistencia a la investigación, trabajo bibliográfico y trabajo de campo?, ¿cuál es el lugar de la agitación política de ideas de muchas de estas investigadoras y su traducción y puesta en valor en un área de estudios? (p. 12).

Tras estas cuestiones, se vuelve difícil volver a la comodidad del relato canónico sin sentir que algo esencial ha quedado fuera. El volumen asume, así, una triple tarea: iluminar trayectorias que las narrativas habituales no nombran, someter a crítica las condiciones que hicieron visible al genio y opacas a las redes, y rescatar cuerpos de conocimiento no canónicos. En esa exigencia resuena la fórmula benjaminiana de *cepillar la historia a contrapelo* para arrojar luz sobre redes de colaboración menos visibles (p. 14). En una reconstrucción transnacional, figuras como Angela Davis adquieren especial relevancia en la expansión feminista y antirracista de la Teoría Crítica, al mismo tiempo que cuestionan la centralidad alemana del canon. Y, sobre todo, se dismantela un imaginario que ha conferido al IfS un «aire casi místico» al presentarse el surgimiento de la Teoría Crítica como la obra de un pequeño grupo de genios (p. 20). Frente a esta idea, se propone una relectura feminista que sustituya la apariencia de autores soberanos por la atención a un ecosistema de trabajo que la recepción historiográfica ha tendido a dejar al fondo del desván. Ante este ejercicio, no es casual la mención que incluye Speck en la introducción sobre la pregunta que lanza Stuart Jeffries en *Gran Hotel Abismo*: «“¿dónde están las mujeres?”» (p. 21). Si bien parece combatir el problema del reconocimiento, lo congela en forma de ausencia. Aquí emerge como un hilo casi subterráneo una política del nombre, pues no solo basta con la presencia de mujeres; importa qué tipo de reconocimiento se les permitió. Los borrados rara vez son absolutos; pero la inclusión es insuficiente, pues una referencia pue-

de aparecer citada pero no erigirse con verdadera autoría. Speck pone en práctica lo que predica con especial cuidado al nombrar explícitamente trabajos de revisión, corrección y pesquisa, y al renunciar a la exhaustividad desde la honestidad intelectual. En general, se puede afirmar que el volumen desarrolla esta crítica mediante una estructura coral, en la que se recorren distintos momentos históricos del IfS, haciendo visible el modo en el que operan los mecanismos de exclusión y cómo, doblemente, estos se encarnan en trayectorias atravesadas por la precariedad y el exilio. Una de sus apuestas más fecundas es sostener el vínculo entre crítica social y praxis, dado que muchas de las mujeres recuperadas aparecen implicadas en movimientos obreros, organizaciones feministas o en proyectos educativos.

La aportación de Slivi resulta enriquecedora, en particular, en su tratamiento de Margarete Lisauer. Con su reconstrucción se vislumbra la manera en la que queda agazapada bajo una sedimentación de jerarquías que permite que ciertos datos básicos queden sumergidos en lagunas de imprecisión. La filósofa quedó biográficamente fragmentada, confundida con su homónima y mal fechada, mostrando que cuando una figura ha sido empujada a la periferia, la historia se permite ser vaga. Por ello es que un detalle como lo es la traducción de su tesis –*El concepto de paz eterna en el sistema de Kant*– adquiere relieve (p. 54). Si bien *paz perpetua* es una traducción ampliamente sostenida en castellano, el uso del término *paz eterna* rescata la ambigüedad de *ewig* y, con ella, la ironía que evoca Kant desde el comienzo de su obra al vincular la paz con el cementerio, con la paz de los muertos.² Slivi reconstruye, asimismo, escenas en las que la desigualdad aparece como un destino natural, desde la renuncia de Rose Wittfogel a su proyecto intelectual por acompañar a su marido en la realización del suyo, hasta las dificultades sistemáticas de publicación de muchas investigadoras, relegadas a reseñas. La autoridad intelectual no depende únicamente de publicar, sino también de todo un entramado de expectativas de género, como ilustra el caso de Hilde Weiss, una mujer que las desafió al sostener una firme defensa de su trabajo cuando era utilizado sin reconocimiento. El juicio que recibió se ha cristalizado en el comentario de Adorno, quien llegó a afirmar: «“habría que esconderla”» (p. 64), lo cual conduce a atender a su ruptura con el guion de docilidad esperado. Slivi acertadamente señala cómo la invisibilización se vuelve circular cuando la historiografía reproduce una distribución previa del prestigio y la tradición se legitima por reiteración.

En el capítulo de Christina Engelmann, la constatación que enlaza al IfS con «el movimiento obrero y el feminista proletario» (p. 74) se articula a través de la figura de Clara Zetkin, poniendo de manifiesto que sin la participación efectiva de las mujeres, la democracia obrera se vacía por dentro. Una crítica social pierde densidad cuando trata la reproducción, esto es, el sostenimiento material de la vida, como

² Immanuel Kant, *Zum ewigen Frieden: Ein philosophischer Entwurf*, editado por Franz Kobler (Leipzig: Insel-Verlag, 1917), 15.

un afuera apolítico. Así, Engelmann plantea la crucial relación entre el principio capitalista del valor, que devalúa el trabajo reproductivo y lo ensombrece; y la exclusión política de quienes lo realizan como por asignación natural. Por ello es que la referencia a Aleksandra M. Kollontai y la vigencia de Zetkin aparecen como una reserva de alternativas a desplegar que interpelan las relaciones de género en torno al trabajo doméstico, así como las de producción y de propiedad en los debates actuales.

Veronika Duma, por su parte, aborda la obra y vida de Käthe Leichter, marcada por el exilio, la persecución y la interrupción violenta de su vida, determinando la (im)posibilidad misma de su continuidad intelectual en una conexión entre Viena y Frankfurt. El modo de investigar de Leichter, quien incluyó a las trabajadoras en el proceso de escritura, destaca la puesta en práctica de una concepción del conocimiento que se resiste a hablar por ellas desde una altura jerarquizada. Aunque el término *feminismo-materialista* no estuviese disponible en la época, su obra arroja luz sobre un enfoque integral de producción y reproducción, de economía y Estado (p. 113). Y, sin embargo, que Wiggershaus sea la excepción que la menciona como parte del entorno del IfS, refuerza el diagnóstico de un problema –no precisamente por falta presencia– que ha determinado la recepción real de sus trabajos.

En el mismo telón de fondo se puede situar la lectura que Barbara Umrath dedica a los *Estudios sobre autoridad y familia* (1936) desde la óptica de género, como una pregunta ya insinuada desde los años 30, que correspondía a «personas que llevaban a cabo actividades en los márgenes del Instituto» (p. 133), mostrando cómo lo que parecía auxiliar terminó iluminando puntos ciegos para pensar la imbricación entre la vida económica de la sociedad, la autoridad, el género y la familia. Umrath también pone de relieve un límite androcéntrico de los estudios sobre el carácter autoritario en Horkheimer y Fromm, pues toman como modelo de “ser humano” las experiencias del varón. A lo que pueden añadirse nuevas posibilidades de reflexión sobre los modelos de familia, más allá de las formas heteronormativas en los que se basan estos estudios. Las investigaciones más sensibles a estas cuestiones fueron desarrolladas, en suma, desde una doble marginalidad, esto es, por un lado, desde posiciones periféricas dentro del IfS; y, por otro, desde el lugar secundario atribuido a los trabajos empíricos.

Entre esas figuras periféricas encontramos a Else Frenkel-Brunswik, recuperada por Karin Stögner, quien sitúa en el centro su teorema de la ambigüedad e interpreta el antisemitismo como un rechazo de lo no unívoco, aquello que el pensamiento autoritario no tolera. Especialmente incisiva resulta su lectura de las relaciones de género en *La personalidad autoritaria* (1950) como relaciones que sostienen el pensamiento identitario y su lógica binaria. Con todo, puede echarse en falta que la mención a la cuestión de la homosexualidad atravesase el análisis con mayor continuidad, pues solo hacia el cierre se explicita la constelación antisemitismo-antifeminismo-homofobia que el propio capítulo reconoce (p. 170). Por ello, resulta sugerente la

fecundidad latente de estos planteamientos para lecturas *queer* contemporáneas, pues permiten pensar que las economías afectivas del autoritarismo se articulan contra aquello que desestabiliza la gramática cisheteronormativa de la identidad.

Retomando la figura explicitada al comienzo de la reseña, el capítulo de Bruna Della Torre dedicado a Elisabeth Lenk la presenta no solo como una alumna de Adorno; también como una ensayista con recorrido propio. Su formación sociológica temprana, con *Rasgos neorrománticos en la obra de George Simmel* (1961), plasma una atención sostenida a la cultura moderna y a sus formas de sensibilidad, que posteriormente se desplazó a un interés por el surrealismo, culminando en su tesis *El Narciso saltante. El materialismo estético de André Breton* (1971). Della Torre lee su correspondencia con Adorno como un testimonio de interlocución real más allá de la mera proximidad. Sin embargo, la escena editorial de *Teoría estética* (1970), en cuya edición final participó Rolf Tiedemann mientras Lenk quedó fuera, implora ser leída como una operación más de canonización que cimenta quién puede aparecer como responsable legítimo de la obra tras el fallecimiento de Adorno. Precisamente por su competencia en el terreno estético, el capítulo sugiere la idea de que Lenk podría haber sido coeditora con un pleno peso intelectual.

Más adelante, como una marea baja que desnuda lo que normalmente queda cubierto, Bea S. Ricke acompaña al lector en una reconstrucción de los estudios empíricos sobre el trabajo femenino en el IfS en los años setenta y ochenta, atendiendo, mediante entrevistas, a la vida cotidiana de las trabajadoras, considerado un terreno de investigación en el que «la actividad laboral se ponía en relación con el trabajo doméstico». El fin perseguido era corregir los sesgos de la sociología del trabajo de la época, centrada en el trabajo asalariado masculino, y mostrar «la dependencia estructural entre su posición en la producción y su posición en la reproducción en el ámbito familiar» (pp. 205-206).

En las siguientes páginas, Reichardt desarrolla el núcleo argumental de Kontos y Walser sobre el trabajo doméstico como problema teórico y político, irreducible tanto a una elección privada como a una prolongación del empleo asalariado. El análisis atiende a sus ambivalencias estructurales y muestra la manera en la que estas tensiones conducen a revisar la consigna del salario para el trabajo doméstico cuando se formula de manera demasiado abstracta, sin atender a las condiciones sociales y jurídicas que lo sostienen. En esta línea, experiencias como el Welfare Mothers Movement visibilizan que la reproducción también es crucial en el terreno de las políticas públicas y formas institucionales de dependencia. El cierre del capítulo trata este enfoque como una continuidad problemática que aún sigue vigente, hasta el punto de que «hoy puede observarse una revitalización de esta tradición» (p. 239).

En cuanto a las contribuciones posteriores de Voswinkel y Ricke, la mirada se dirige hacia una crítica de las condiciones cooperativas y, a su vez, jerarquizadas, de producción del pensamiento crítico. Destaca, en este sentido, la insistencia en que la in-

vestigación feminista en el IfS «se nutría de discusiones colectivas» basadas en el mutuo reconocimiento (p. 238). En este sentido, Ricke ubica en el centro de la reflexión las tareas relacionales, afectivas y organizativas de mediación que sostienen materialmente y silenciosamente la teoría. Persigue demostrar esta lógica de invisibilización a través de la anécdota de la secretaria que taquigrafía mientras Adorno supuestamente recomienda a Horkheimer su visita a una prostituta, lo cual puede leerse como un indicio de la naturalización de determinadas jerarquías de género, aunque conviene no sobredeterminar ni presentar como completamente indiscutibles esas palabras de Adorno acerca de Monette en su correspondencia (p. 270). Sorprende que Gretel Adorno en *Dialéctica de la Ilustración* (1944) haya sido presentada como una «ayuda en el más bello de los sentidos» (p. 273), formulación que, mediante una retórica elogiosa, resalta un eco de belleza y cuidado tradicionalmente feminizado y, por tanto, como lo-otro y lo accesorio. Ahora bien, esta cuestión exige igualmente cautela, pues si bien no se ha de equiparar su caso al de otras mujeres cuyo trabajo teórico resulta más documentable, tampoco parece del todo adecuado reducir su papel a una irrelevancia absoluta, pues su interlocución en ese espacio de elaboración intelectual invitan al menos a pensar una forma de influencia que no siempre queda registrada en los términos convencionales de la autoría.

El capítulo final, dedicado al Círculo de trabajo *Gender, Kinship, Sexuality*, concluye la obra a través de una práctica de argumentación encadenada en un diálogo a varias voces en el que unas van refiriéndose a otras; voces en las que la Teoría Crítica se deja interpelar por el género, el parentesco y la sexualidad entendidos como ámbitos en los que se cruzan la violencia y la racionalidad económica, pero también las realidades de vida heterogéneas en su cotidianidad. Resulta de especial interés la manera en la que la discusión sobre *race* introduce una cierta cautela conceptual y el modo en el que el concepto de la familia se problematiza desde sus ambivalencias. Por eso, más que ofrecer un cierre, el libro invita a seguir leyendo la historia de la Teoría Crítica atendiendo a lo que la sostiene y a lo que ha quedado cubierto con el tiempo, capa tras capa, por superficies endurecidas. En este punto, queda entonces la tarea de volver a levantar ese asfalto y palpar el relieve de los adoquines, por cuyas grietas se filtra una historia de mediaciones, trabajos y autorías ignoradas que aguarda ser escuchada.

Bibliografía

- Engelmann, Christina, Lena Reichardt, Bea S. Ricke, Sarah Speck y Stephan Voswinkel, comps. *En las sombras de la tradición. Una historia de la Escuela de Frankfurt en perspectiva feminista*. Prólogo de Verónica Gago. Traducción de Marina Fernández Polcuch. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2025.
- Kant, Immanuel. *Zum ewigen Frieden: Ein philosophischer Entwurf*. Editado por Franz Kobler. Leipzig: Insel-Verlag, 1917.
- Lenk, Elisabeth, ed. *The Challenge of Surrealism: The Correspondence of Theodor W. Adorno and Elisabeth Lenk*. Editado y traducido por Susan H. Gillespie. Introducción de Rainer Bischof. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2015.